I

Pues, señor, esto quería ser un pueblecito donde vivía un humilde jornalero, viudo y con tres hijas. A decir verdad, ellas eran cuanto tenía en este mundo. Porque lo que es trabajo, más bien poco. Y fortuna, la justa para encontrar un palmar en medio del campo, de esos que sirven para hacer escobas (escobas, sí, o qué creéis, ¿que las brujas viajan en escobas de plástico?).

Un día estaba nuestro hombre arrancando palmas, cuando de pronto oyó un profundo «¡Ay!».

El jornalero suspendió su tarea y miró alrededor. Pero como no vio a nadie, pensó que habría sido una alucinación; agarró bien una palma y se puso a tirar con fuerza. Pero entonces volvió a oír:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Asustado, soltó de nuevo. Miró otra vez en todas direcciones, con los ojos muy abiertos. Buscó en el palmar, detrás de unos olivos que había por allí, y nada. Al final gritó:

—¿Quién anda por ahí, eh?

Entonces la voz misteriosa, que parecía salida del interior de la tierra, contestó:

—¡Ya estoy harto de que me arranques los pelos!

El escobero, trastabillando de espaldas y a punto de caerse, volvió a preguntar:

—¿Quién eres?

—Eso a ti no te importa.

—¿Qué… qué quieres de mí? No soy más que un pobre jornalero. ¡No tengo nada!

—¿Estás seguro? ¿Y tus tres hijas? ¿Acaso no son tuyas? —preguntó la voz, con cierta sorna.

—Sí, pero… ellas son lo único que me ampara en este mundo —se atrevió el campesino.

—No te preocupes. ¡Solo quiero una!

—¡Cómo!

—Sí, hombre, todavía te quedarán otras dos.

—Pero...

—Tampoco tiene que ser ahora mismo. He esperado tanto tiempo... Tres días te concedo. Tres días, pero ni uno más.

—Pero, pero... —el hombre era lo único que acertaba a decir, sin dejar de mirar por todas partes.

—Harás que una de las tres venga aquí antes de las doce de la noche del tercer día. De lo contrario... —De pronto la voz se suavizó—. No me gusta lo que voy a decirte, pero te lo puedes imaginar... Ahora, márchate, que se te va a hacer



de noche. Y recoge las palmas que ya has arrancado. Por esta vez...

Poco antes de que llegara a su casa el jornalero, las tres hermanas estaban atareadas. No habiendo tajo tampoco para ellas en el campo, se ocupaban de los trabajos domésticos. Amalia, la mayor, se disponía a hacer la comida, junto al fogón, con cara de pocos amigos, mirando unos puerros, unas cuantas patatas y un trozo de tocino. Ana, la del medio, fregaba unos cacharros. María, la más pequeña (y la más guapa) hacía escobas con las palmas que tenía amontonadas a un lado, sentada en una silla.

—¡A ver qué sopicaldo hago yo con esto! —se quejó Amalia.

A lo que Ana, que era un poco respondona, contestó:

—¡Pues lo de todos los días! ¡Y date prisa, que tengo hambre!

—¡Hambre, hambre! ¡Es la única palabra que se escucha en esta casa! —protestó Amalia.

—¡Pues tú eres la mayor! ¡Y algo tenías que hacer para remediarlo!

—¡Bastante hago con aguantarte a ti y a esta! —levantó Amalia la voz, señalando a María.

La aludida intervino entonces:

—¿Ya empezamos? ¡Queréis dejar de discutir! Desde que murió mamá no hacéis otra cosa. ¡Ya sabéis que a papá le disgusta mucho veros así, y estará al llegar!

En ese momento entró por la puerta el escobero. Con semblante apesadumbrado, soltó las palmas que traía y se sentó.

María fue la única que se acercó a darle un beso, y percibió su preocupación.

—¿Qué te pasa, papá?

—Nada, hija, que estoy muy cansado. Los tiempos no son buenos... aunque ya casi estamos acostumbrados. Pero no te preocupes —y se echó a reír, con falsa euforia—, todo va a cambiar.

María recogió las matas que acababa de traer su padre. Ordenó un poco la habitación, sin dejar de mirar al escobero de vez en cuando.

Las otras dos no parecían advertir nada raro. La mayor trajinaba en el fogón. La mediana ponía la mesa: un lebrillo de barro en medio, un trozo de pan moreno y cuatro cucharas.

Una vez sentados, María preguntó:

—¿Y qué es lo que va a cambiar, padre?

—Esto... bueno, dicen que este año vienen los olivos muy cargados. Hasta tendrán que contratar gente de fuera para la recolección.

—¡Eso! ¡Y vendrán muchos solteros, que diga..., forasteros! —exclamó Ana.

—Esta tonta siempre pensando en lo mismo. Es capaz de enamorarse de un espantapájaros.

Ana le sacó la lengua y dijo:

—¡Vamos, que tú tienes que poner orden en la cola de príncipes, marqueses y *duqueses!* —Mientras, hacía exageradas ceremonias y ponía voces fingidas. El padre y María observaban la pantomima, empezando a divertirse—. ¡Alteza real de la berenjena arrugada, número uno, por favor! ¡Archiduque de la perifolla tuerta, número dos, por favor! ¡Príncipe lagarto del palmar, número...

No pudo terminar de decirlo, asustada por el grito que dio su padre:

—¡Cállate! —Se acercó el hombre y la zarandeó por un brazo—. ¿Por qué has dicho eso?

—¡Uy! ¡Me haces daño, papá! Yo qué sé... Es una cosa que dicen por ahí.

—Cálmate, padre. Era una broma —intervino María.

El escobero se recompuso. Se sentó a la mesa y, dando un suspiro, escondió la cabeza entre las manos.

La pobre cena transcurrió en silencio. Las dos mayores rebañaban con avidez.

Fue María la que por fin dijo:

—Papá, no has comido nada.

—No te preocupes. Es que...

—A ti te pasa algo, ¿qué es?

—Siento escalofríos. Voy a acostarme.

—Un aire. Eso es que ha cogido un aire por esos campos —sentenció Amalia, displicente.



—¡Febrerillo el loco! —rio inoportuna la de en medio.

María quiso devorarlas con la mirada y se dispuso a acompañar a su padre hasta la habitación. En ese momento sonaron las doce en un viejo reloj de pared. El hombre se quedó como absorto, mirando el péndulo.

—¿Quieres que le dé cuerda? —preguntó María.

—No, no hace falta...

—Es que... se va a parar.

—Mejor... —María preguntó con los ojos a su padre, extrañada—. Bueno, haz lo que quieras.

El hombre se dirigió solo a su cuarto. María quedó desconcertada y triste, mirando fijamente al que marca las horas. Parecía titubear, pero acabó acercando una silla. Se subió en ella y le dio cuerda al reloj. Conforme giraba la llave, crecía la pesadumbre en su rostro.